

*Haití, Filipinas...***Las Barbas del Vecino**

POR LORENZO MEYER

LA caída de los dictadores de Haití y Filipinas son hechos que aunque parezcan lejanos, en realidad nos atañen. Los acontecimientos en ambos países encierran lecciones que conviene aprender antes de que sea demasiado tarde.

La sabiduría popular nos dice que aquellos sistemas autoritarios anticomunistas que actúan como aliados incondicionales de Estados Unidos reciben de éstos un apoyo casi irrestricto que hace muy difícil la lucha de la oposición contra la dictadura. La idea dominante en México es que el imperialismo norteamericano está dispuesto a sostener regímenes impopulares siempre y cuando éstos sirvan a sus grandes y complejos intereses mundiales, en particular a su lucha contra la Unión Soviética.

★

ESTA visión está alimentada por un buen número de ejemplos en América Latina, y que a partir de la Segunda Guerra Mundial van desde Fulgencio Batista y Leónidas Trujillo hasta Alfredo Stroessner y Augusto Pinochet, pasando por los militares centroamericanos, argentinos, brasileños, etcétera.

Esta visión del imperialismo norteamericano no es enteramente falsa, pero es parcial y, sobre todo, debe actualizarse, pues no toma en cuenta el hecho de que el imperialismo aprende. Una dura experiencia ha enseñado últimamente a los dirigentes norteamericanos que el costo de mantener regímenes que han perdido su legitimidad y su capacidad de control social, ha aumentado a grados inaceptables; como botón de muestra está el caso del cha de Irán. En efecto, la violencia generada por la resistencia al cambio de

varias dictaduras que han contado con la simpatía de Washington, ha resultado ser la cuna de radicalismos con alto contenido antinorteamericano y en más de un caso, estos movimientos han logrado tomar el poder, creando para Estados Unidos un problema más grande del que el apoyo a la dictadura pretendía evitar.

Las noticias y los análisis que ahora nos han traído la prensa y las agencias noticiosas, subrayan el papel fundamental que jugó el gobierno de Estados Unidos en acelerar la caída de ese par de dictadores

corruptos e incapaces que fueron Duvalier y Marcos. Pese a la simpatía personal del Presidente Reagan por el dictador filipino, el gobierno norteamericano condenó públicamente el fraude electoral en Filipinas e hizo los arreglos necesarios para que Marcos abandonara el poder antes de que su obstinación sumiera a Filipinas en un inútil baño de sangre.

★

LAS lecciones de Haití y Filipinas son varias. Aquí conviene tener en cuenta la siguiente. Estados Unidos no actuó en contra de las dictaduras de esos dos países por el hecho de ser dictaduras, sino por ser ineficaces. La etapa terminal de regímenes autoritarios puede llevar con rapidez a la creación de situaciones prerrevolucionarias, las cuales son poco propicias para que Estados Unidos pueda controlar los acontecimientos en un sentido favorable a sus intereses, como lo demuestran Irán y Nicaragua.

El gobierno norteamericano parece haber decidido que cuando un régimen autoritario amigo dé muestras de inestabilidad profunda, hay que considerar la conveniencia de no seguirlo apoyando, sino al contrario, montarse en la cresta de la ola antidictatorial y democrática y dirigir la transición hacia una conclusión favorable a sus intereses.

TENER conciencia de lo anterior es muy importante —en realidad es vital— para México. Si la crisis económica, la resistencia del gobierno a modificar sus instintos autoritarios y el aumento de la fuerza de la oposición, llevara a que los dirigentes norteamericanos consideraran que el sistema político mexicano ha empezado a dejar de ser viable, en ese mismo momento empezarían a diseñar una estrategia de intervención —sutil primero, abierta si llegara el caso— para acelerar la transición a un nuevo régimen. En realidad, no sería aventurado suponer que ya se han tomado las primeras providencias en este sentido, que el proceso se ha iniciado. Si lo anterior es cierto, no hay duda de que la mejor manera de evitar

en el mediano plazo una injerencia norteamericana sustantiva en los asuntos internos de México, es justamente adelantarse a ellos, cambiar antes de que nos cambien y evitar así que el país llegue a situaciones que siquiera se asemejen a las de Haití o Filipinas.

Si no queremos que Estados Unidos caiga en la tentación de buscar dirigir

el cambio en México, debemos dismantelar ahora que aún hay tiempo las viejas estructuras autoritarias que ya empiezan a fallar. La mejor manera de seguir manteniendo a Estados Unidos como un observador interesado de nuestra vida política, pero no como un actor en ella, es modernizar nuestras estructuras de poder, abriéndolas al cambio. En realidad, la democratización

sustantiva debería ser la esencia de un verdadero nacionalismo revolucionario. Volver a tener otro San Luis Potosi en el futuro inmediato, otros fraudes como los de julio pasado, podría mantener el monopolio del PRI pero a costa de la capacidad del gobierno para mantener una soberanía ya muy debilitada por la crisis económica. En fin, viendo lo que sucedió a las barbas de los autoritarismos haitiano y filipino, creo que es tiempo de que el mexicano eche las suyas a remojar y se rasure por sí mismo, sin ayuda.